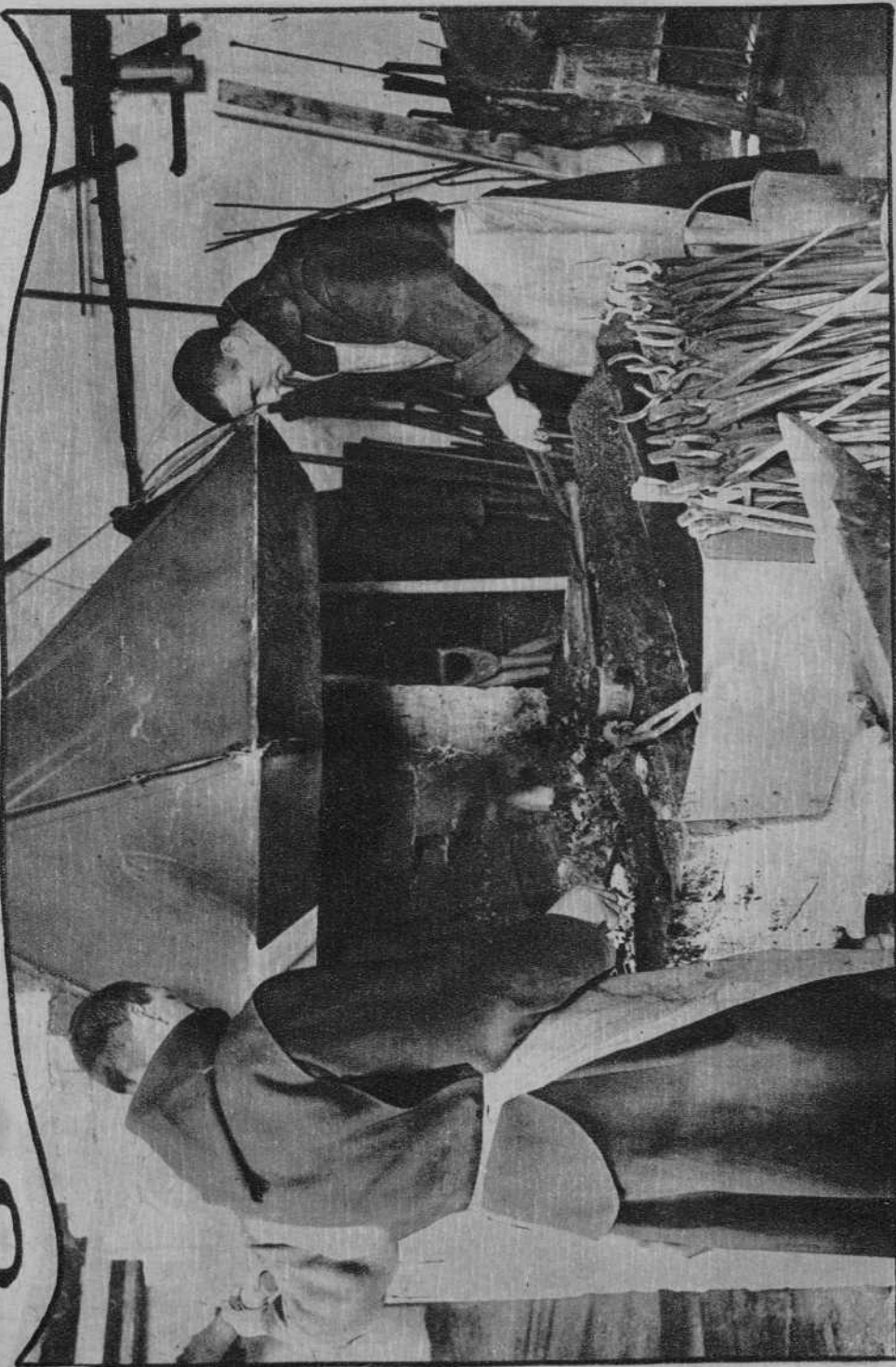
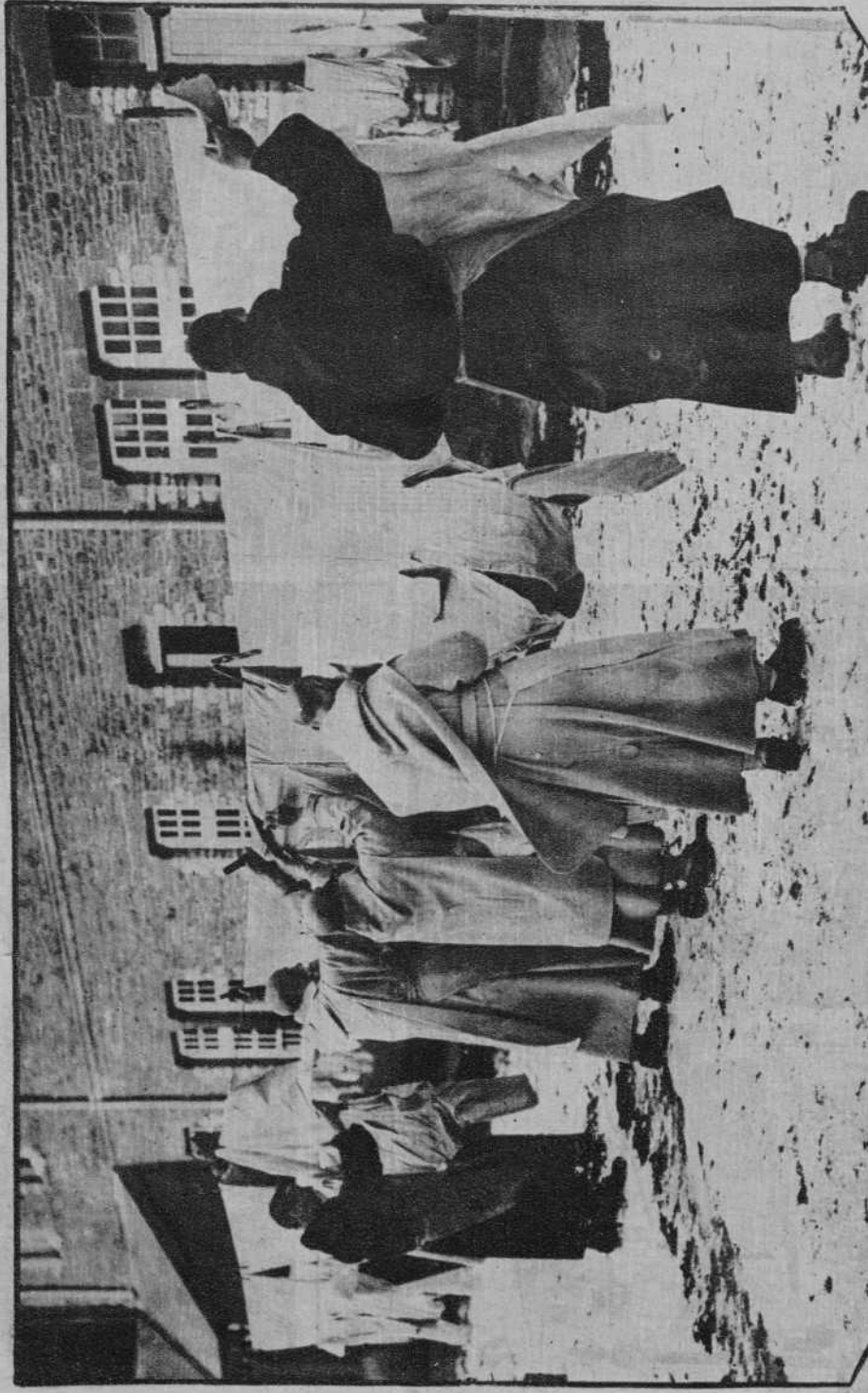


LA VIDA EN LA CARTUJA DE COWFOLD



Trabajando en la fragua. (Fots. Keystone)

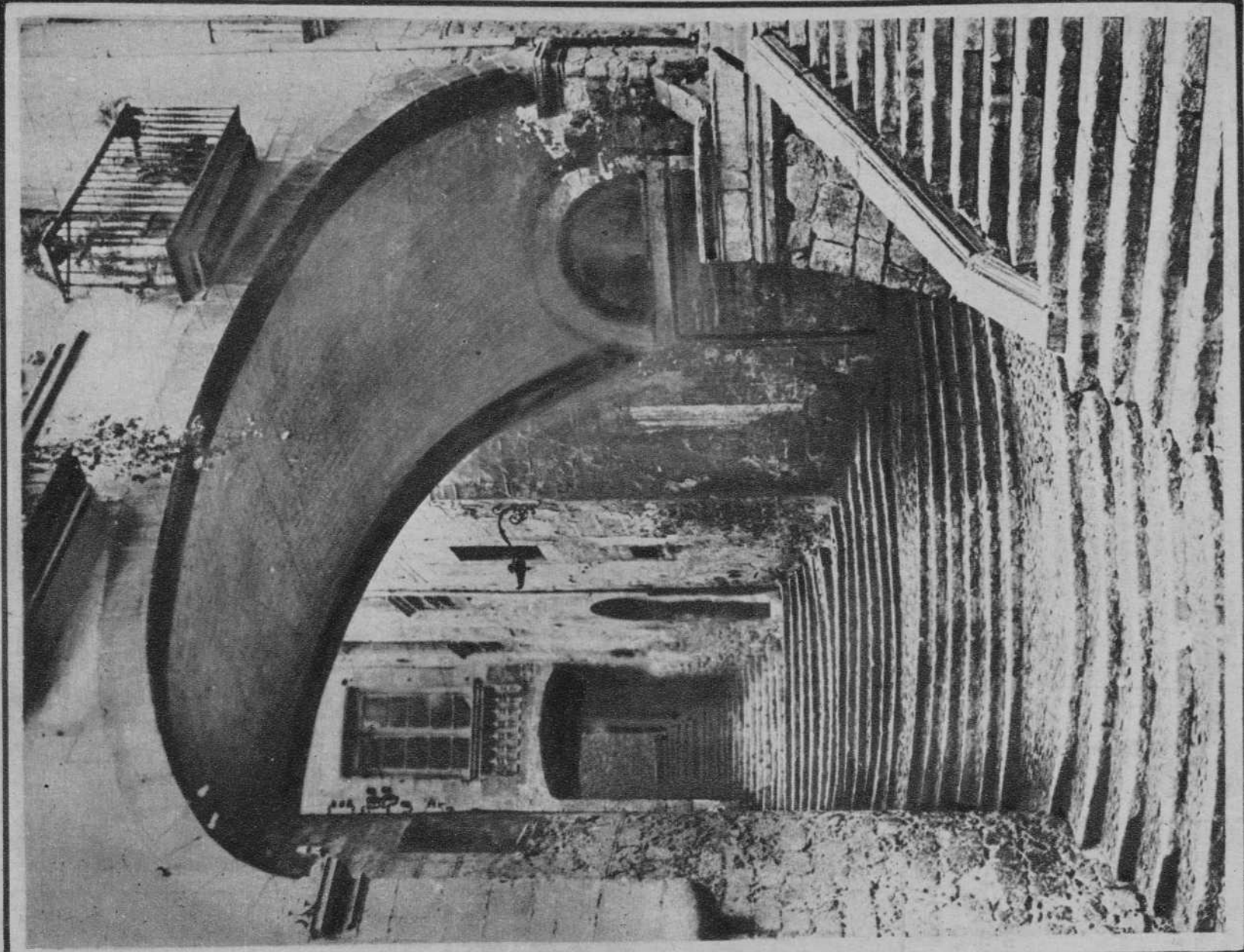


El repaso de los hábitos, en el nevado patio del Convento

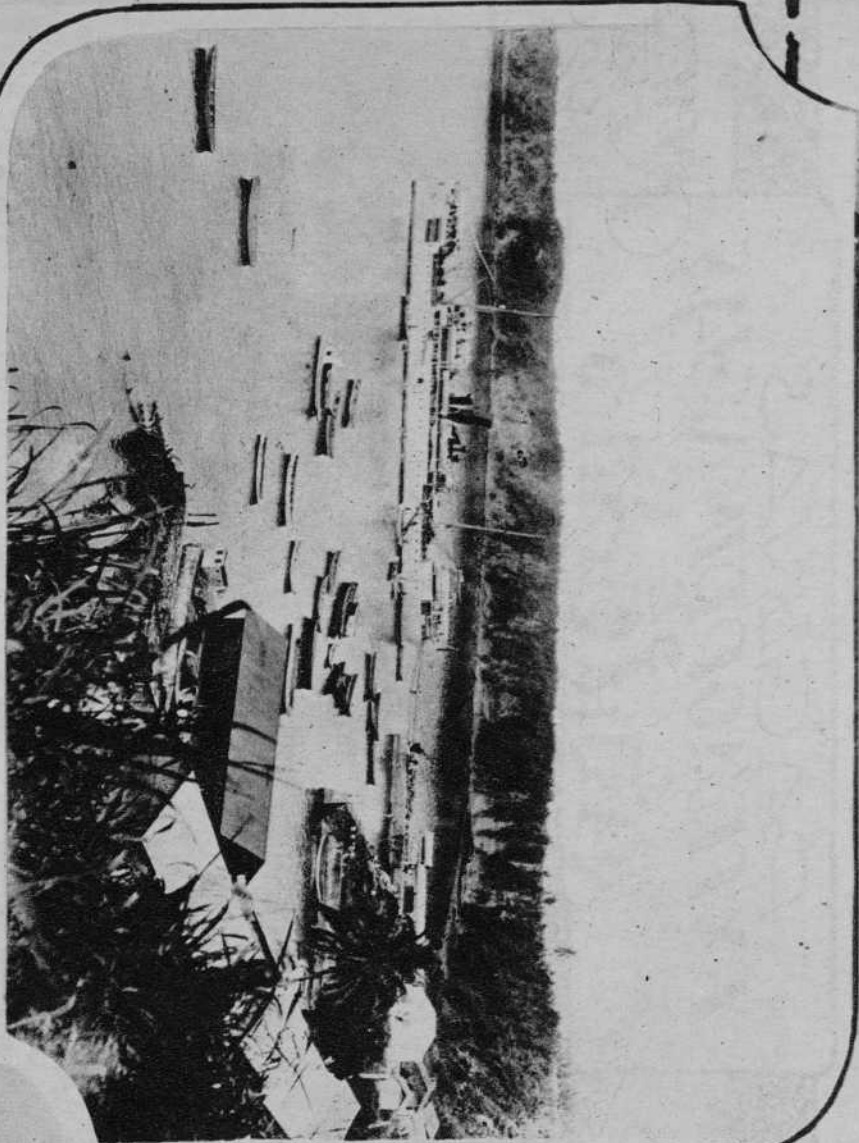
PÁGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

NUM.
151

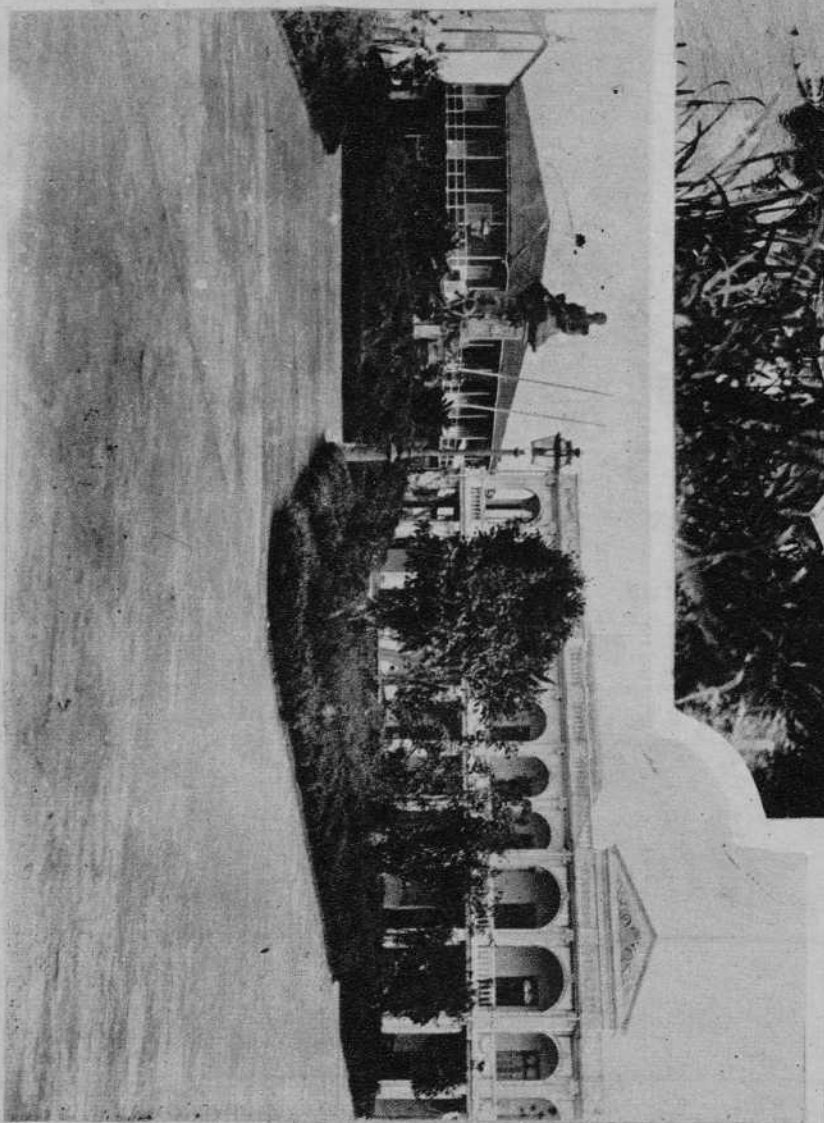
MARZO
3
1929



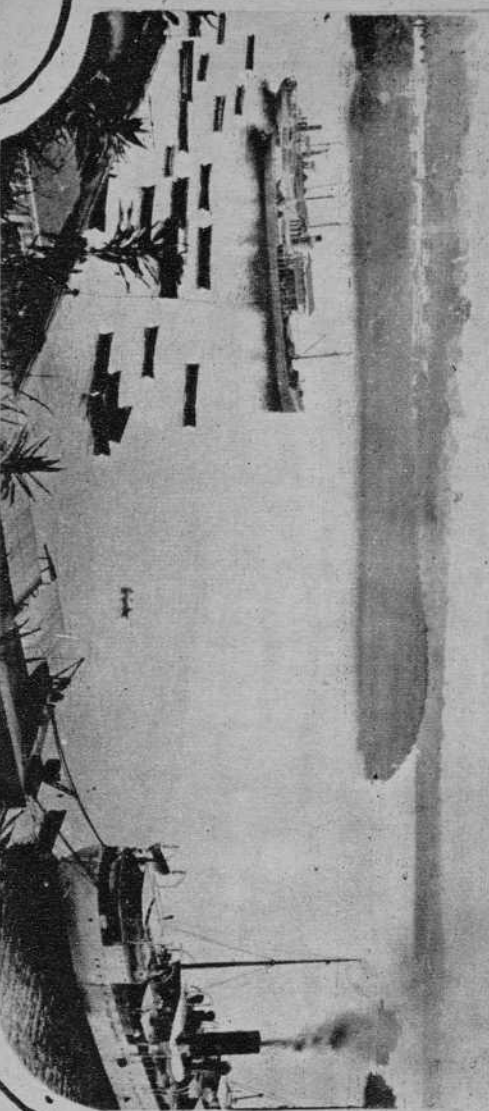
Un bello rincón de Gerona.—(Fot. Vitalta)



FERNANDO POO,
LA IGNORADA

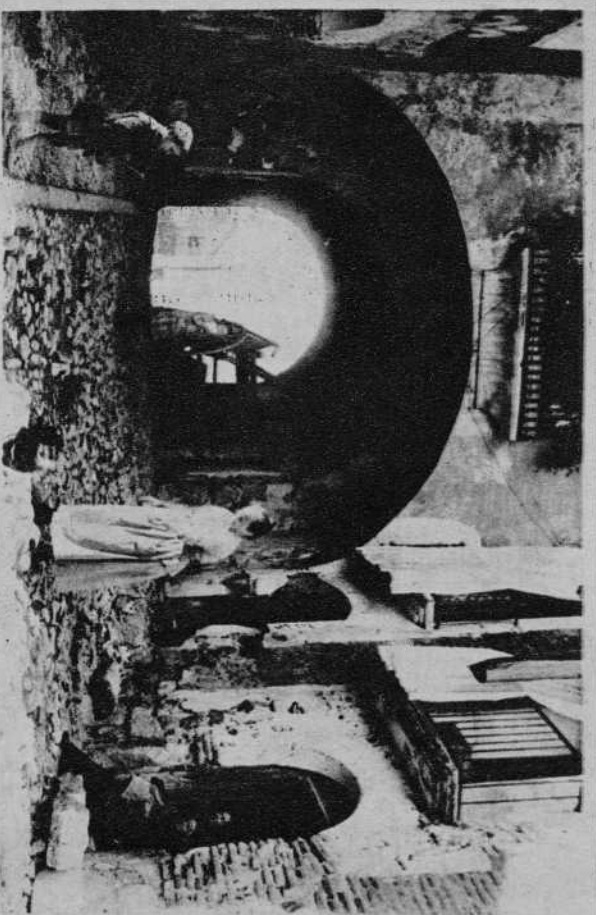


El muelle
y la Aduana
de la Isla



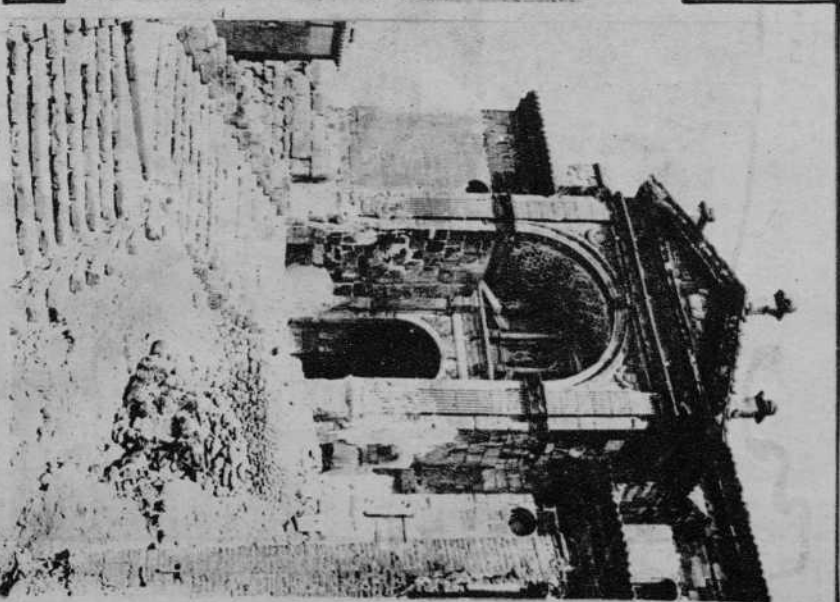
La Plaza de España,
con el Gobierno mili-
tar y el monumento a
Barrera
Vista parcial
del muelle
(Fots. Fustero)

EL PINTORESCO PUEBLO DE FONZ

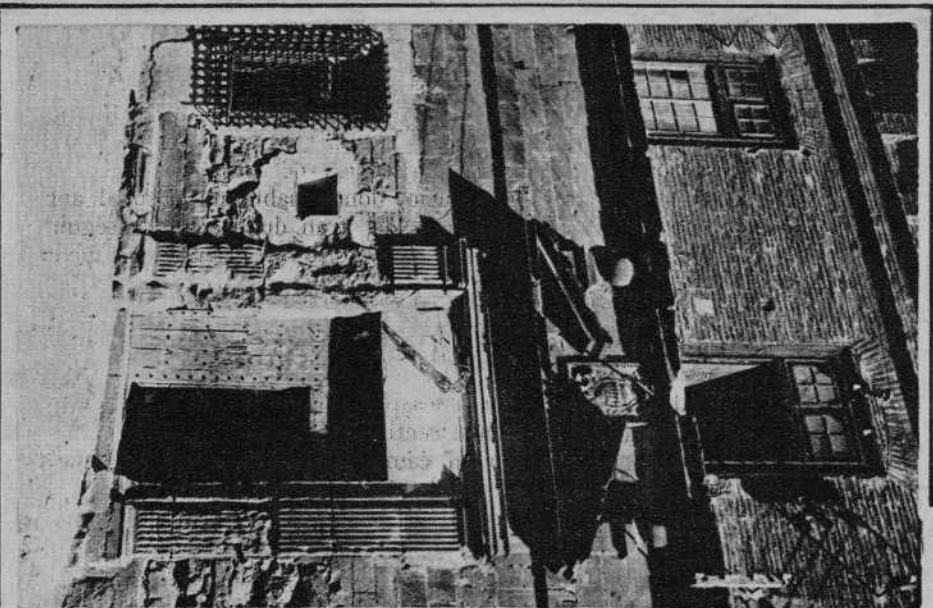


Una calle típica

La fachada de la iglesia



Vista parcial del pueblo

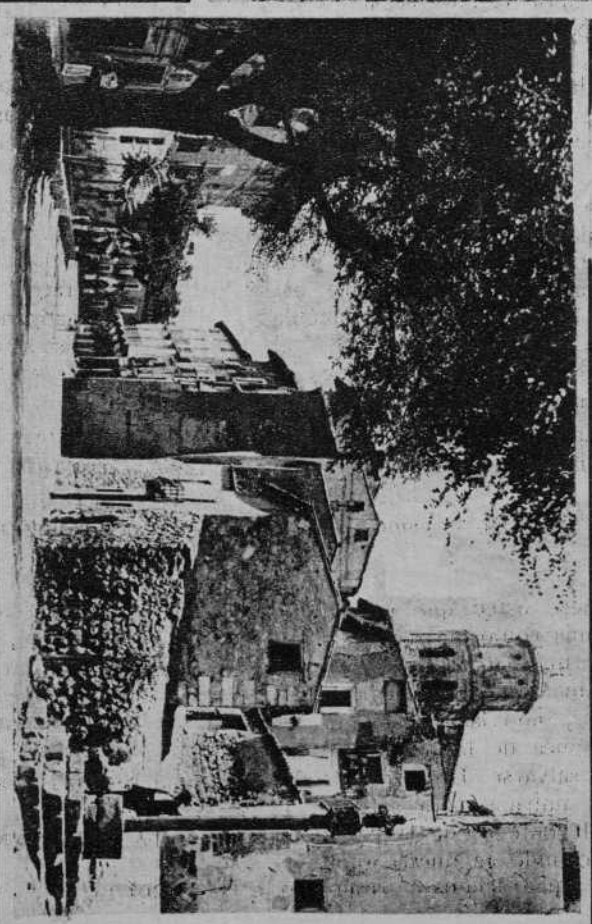


La Casa del Ayuntamiento



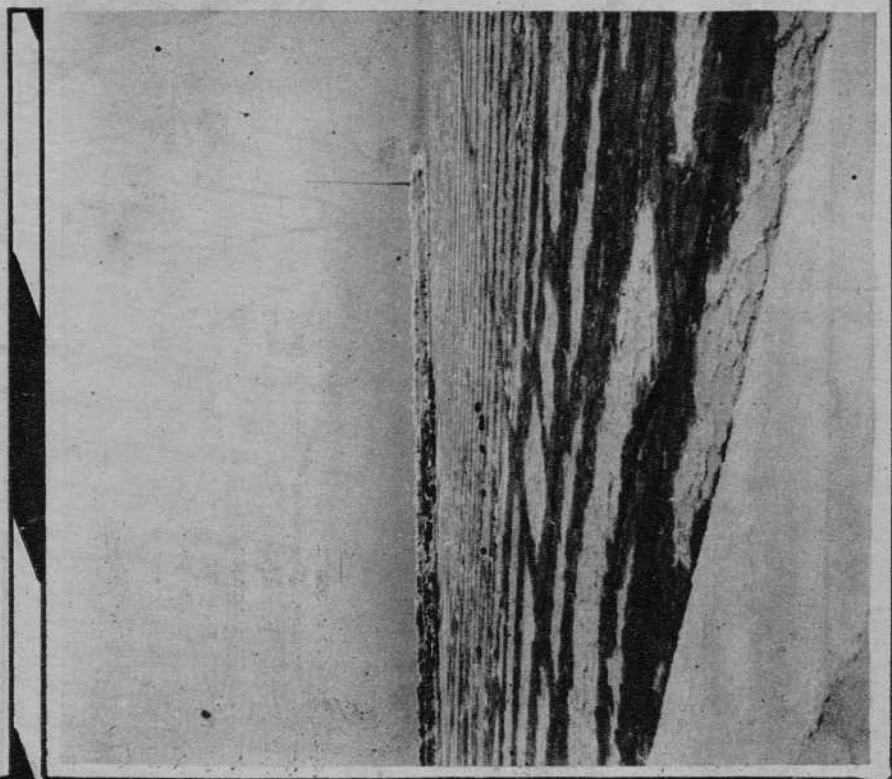
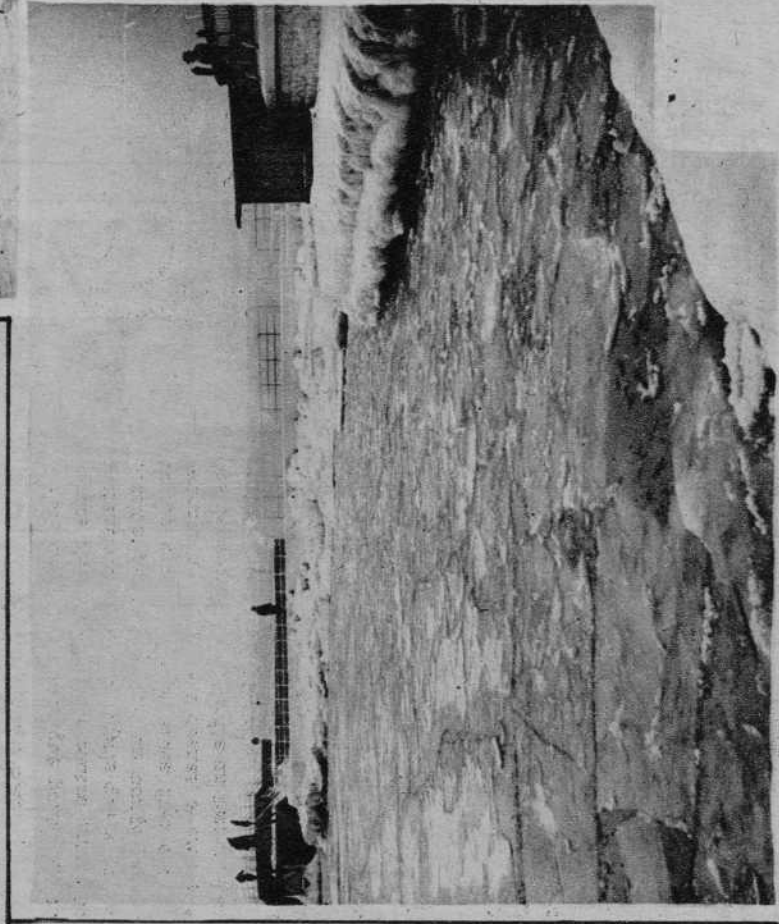
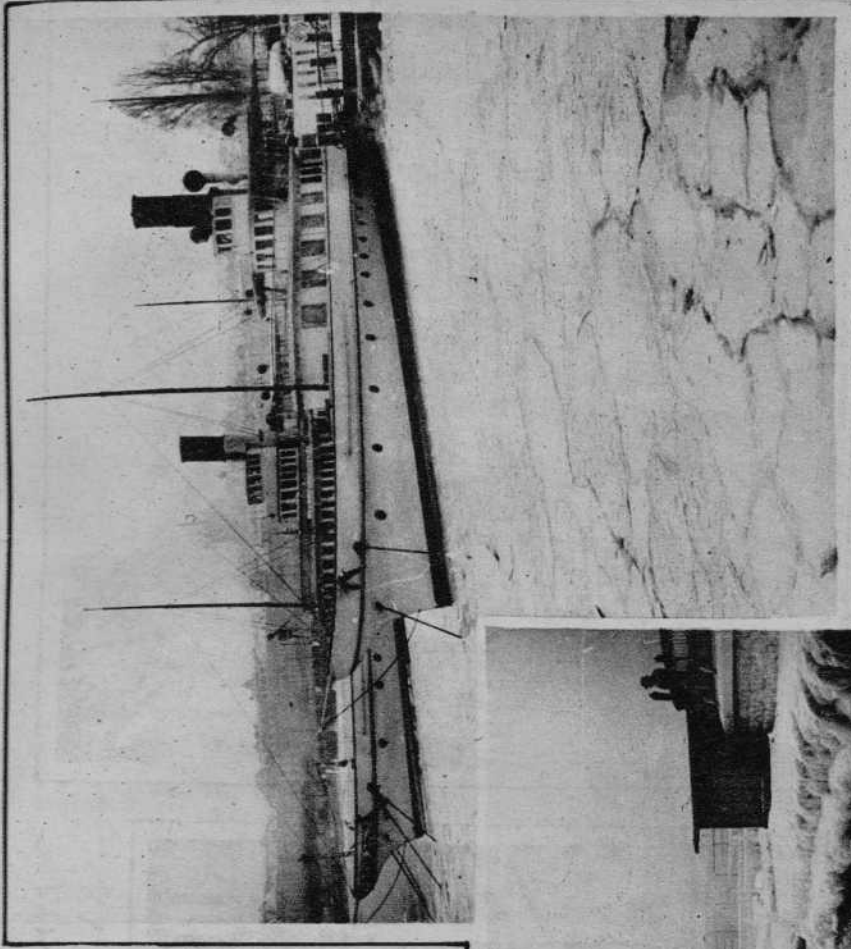
La calle Mayor

(Fots. Casteliv)

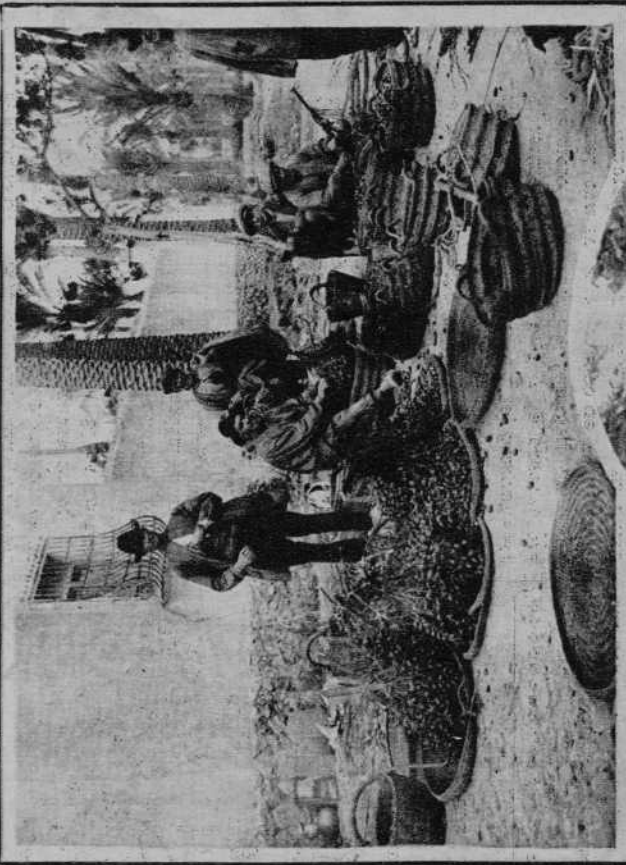


El Lago Lemán, helado

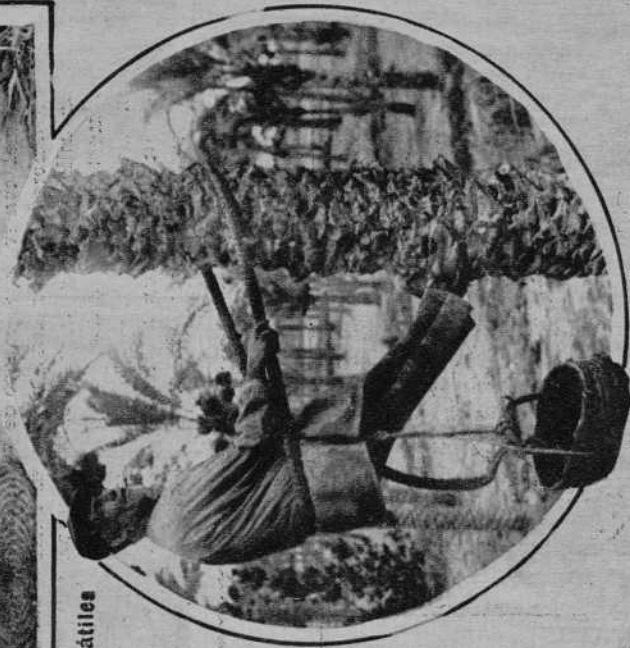
EL FRIO EXCEPCIONAL DE ESTE AÑO HA CUBIERTO DE HIELO EL HERMOSO LAGO
(Fots. Oliva)



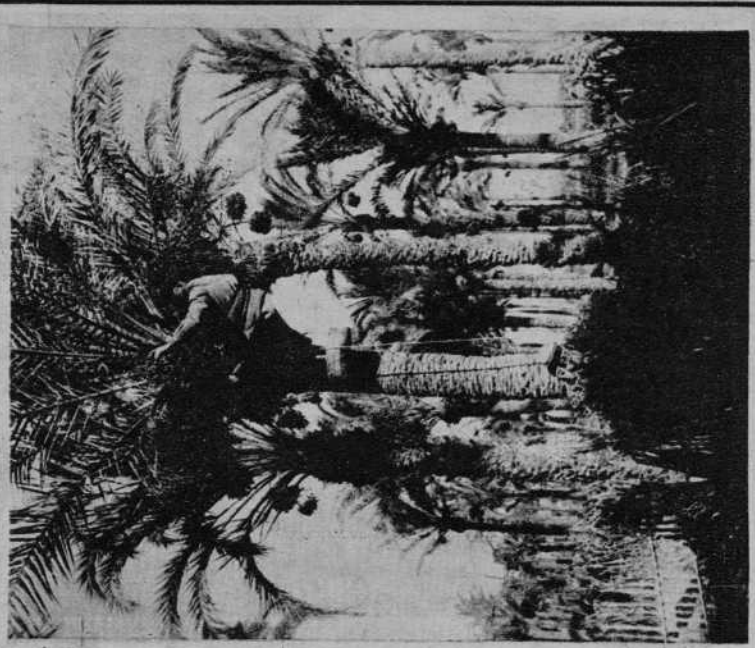
LA COSECHA DE LOS DATILES EN LA PROVINCIA DE ALICANTE



La cosecha de los dátiles



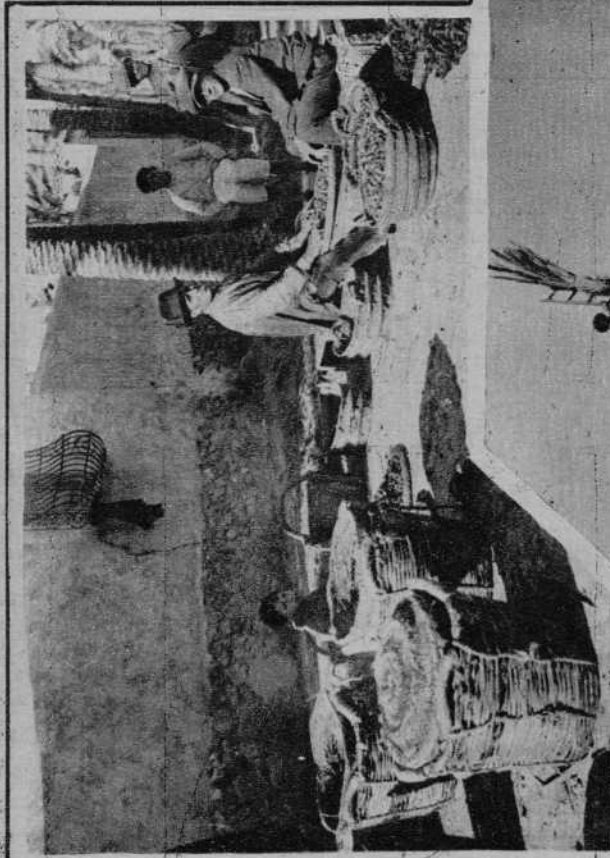
Cómo se recogen los dátiles



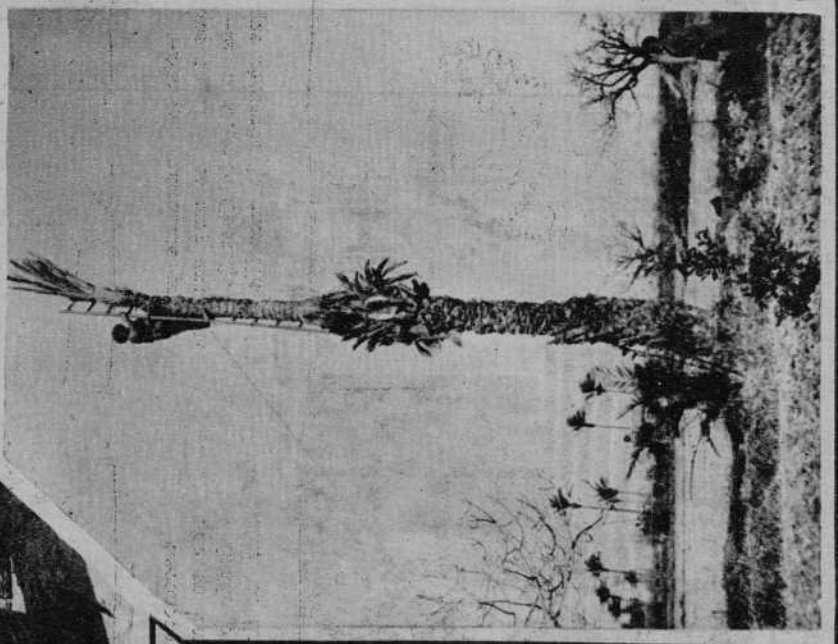
La recolección.—(Fots. Hernández Villaseca)



Un palmeral en Grania de Rocamora

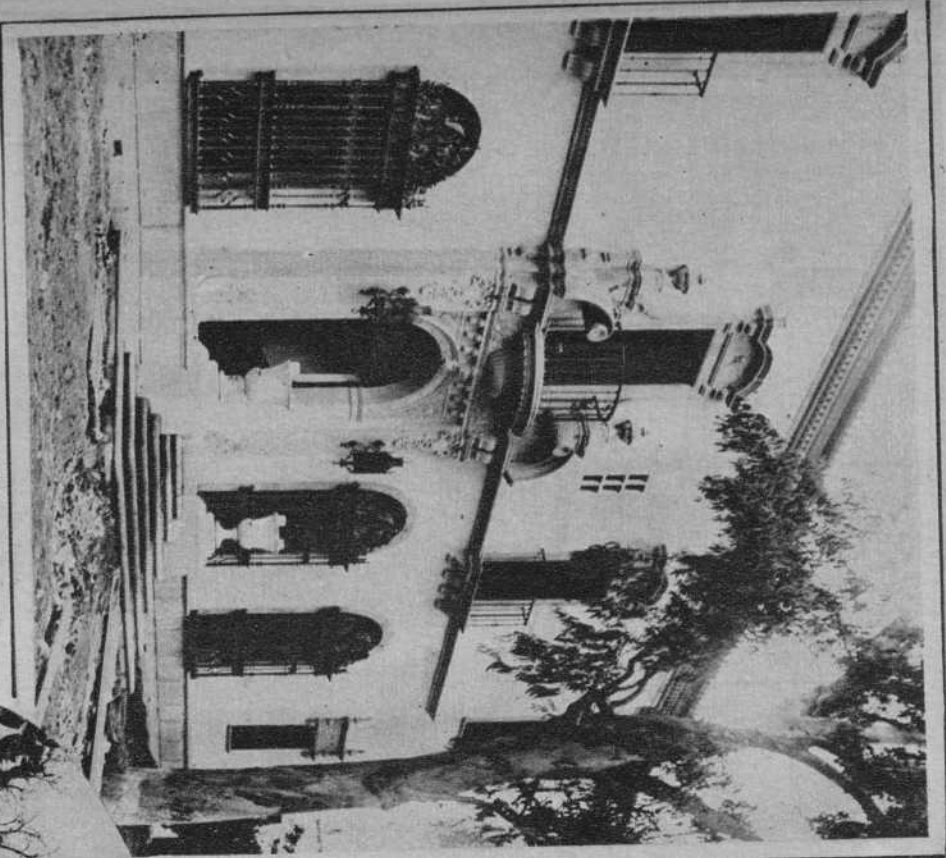


Escogiendo el fruto



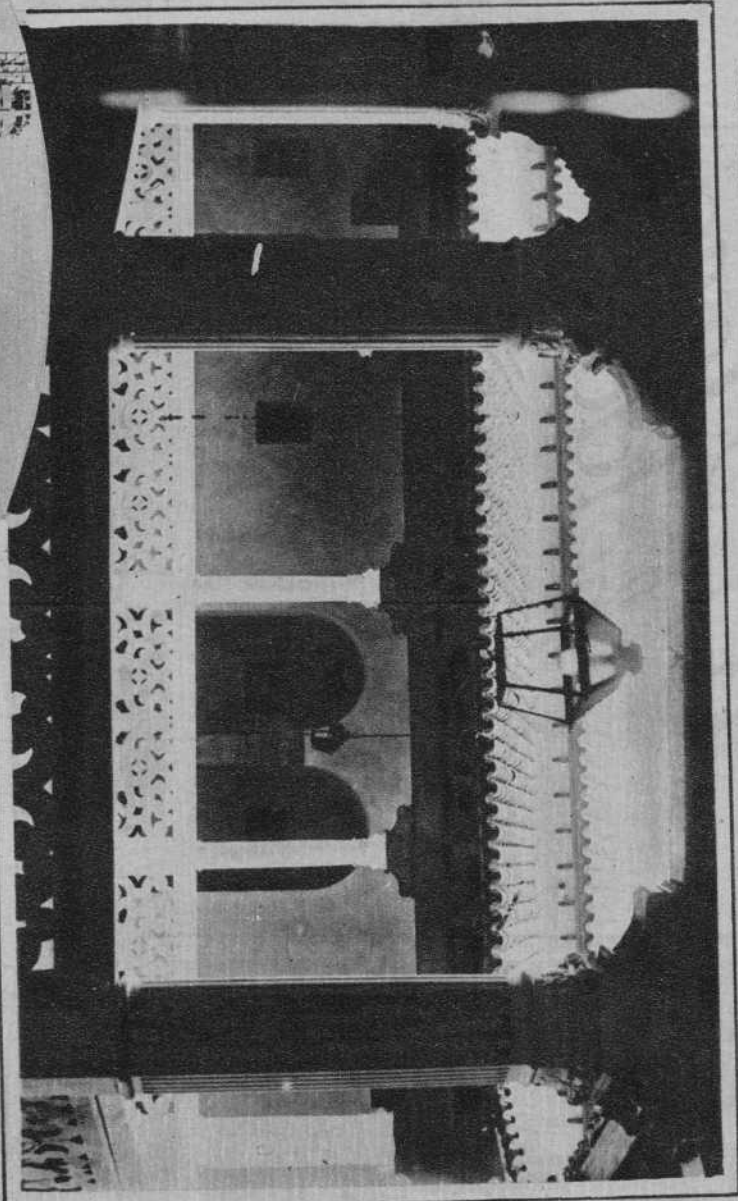
Atando las palmas que habrán de venderse para el do- minico de Ramos



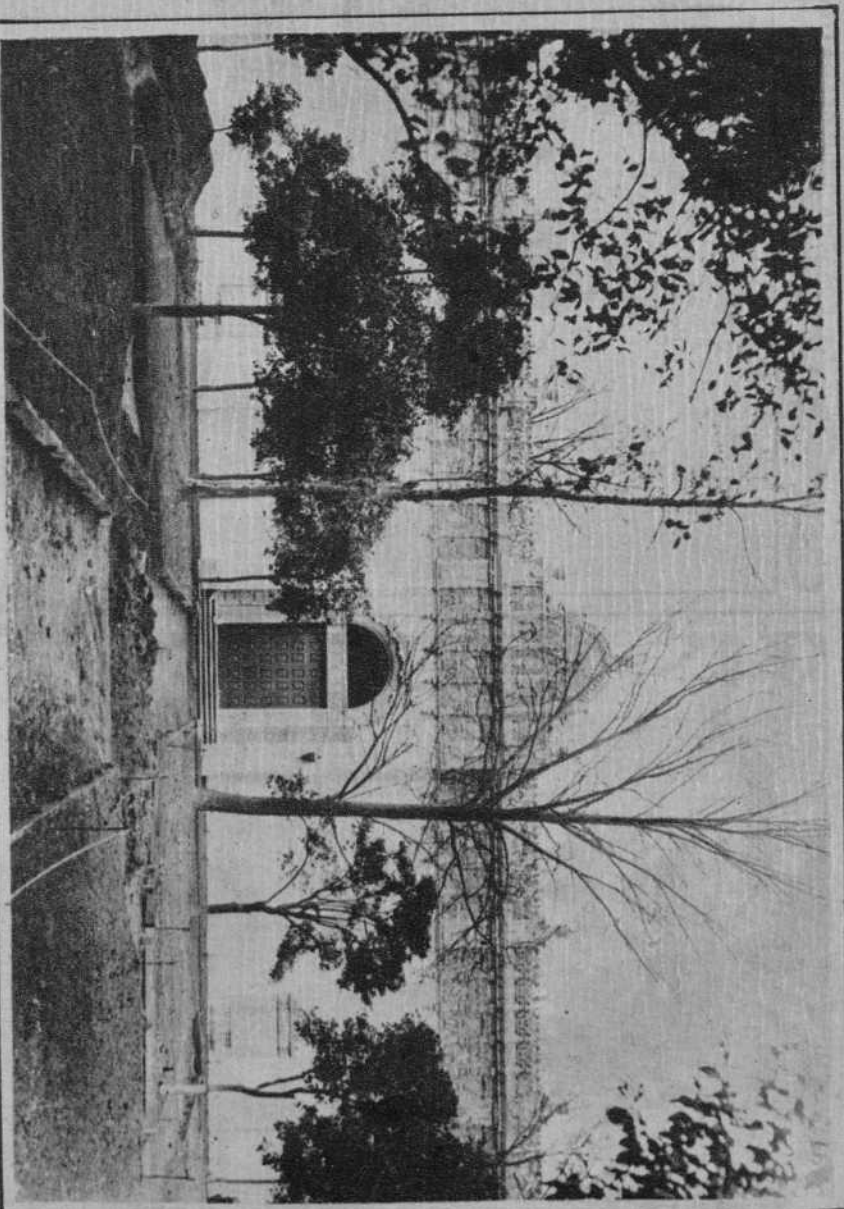


Vista del «Permanent Buildings»

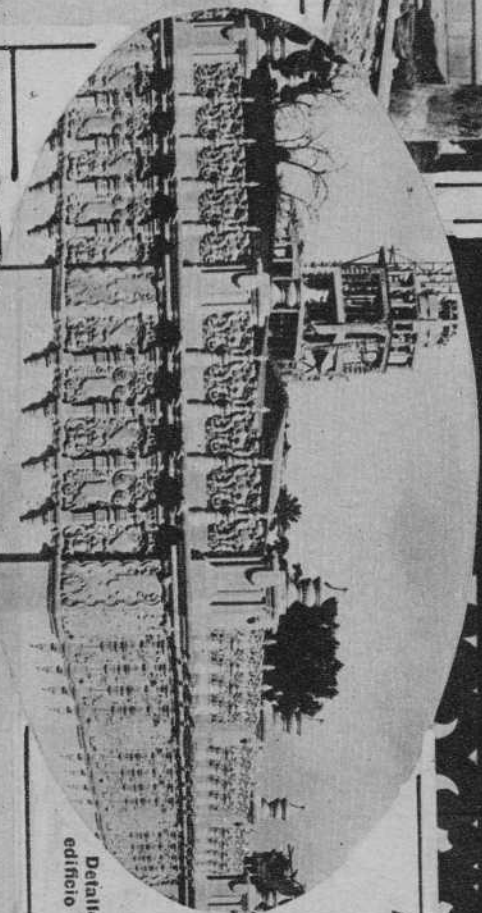
LOS TRES EDIFICIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS
EN LA EXPOSICION IBERO AMERICANA DE SEVILLA



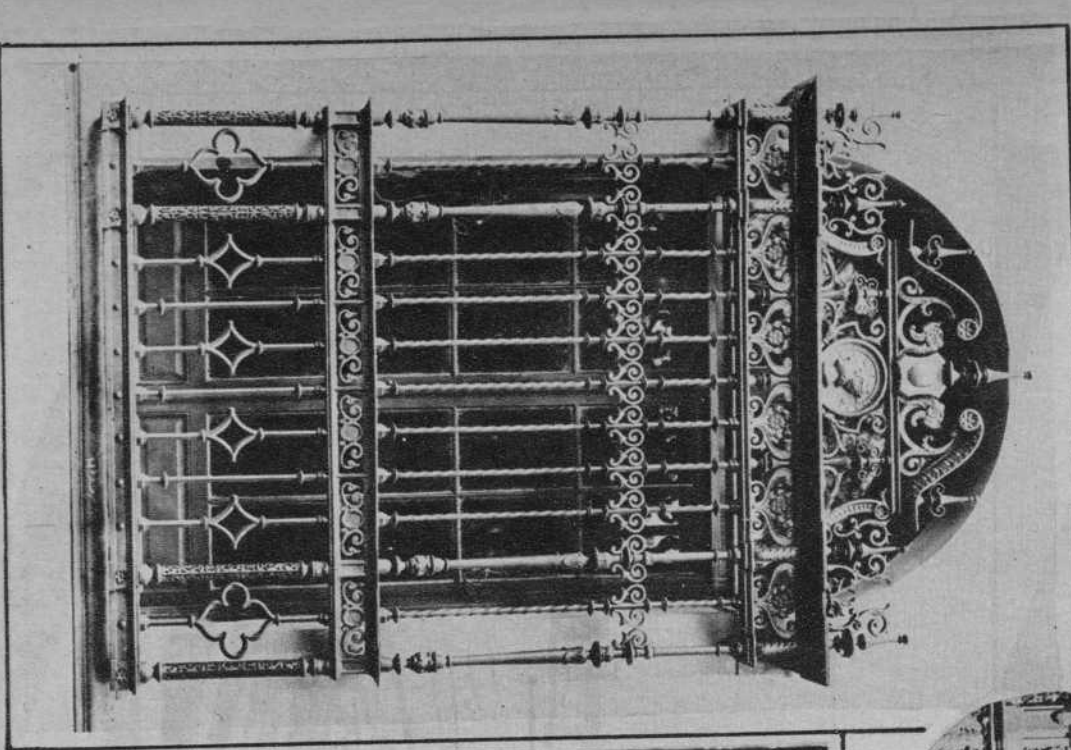
Aspecto de la parte alta del patio central



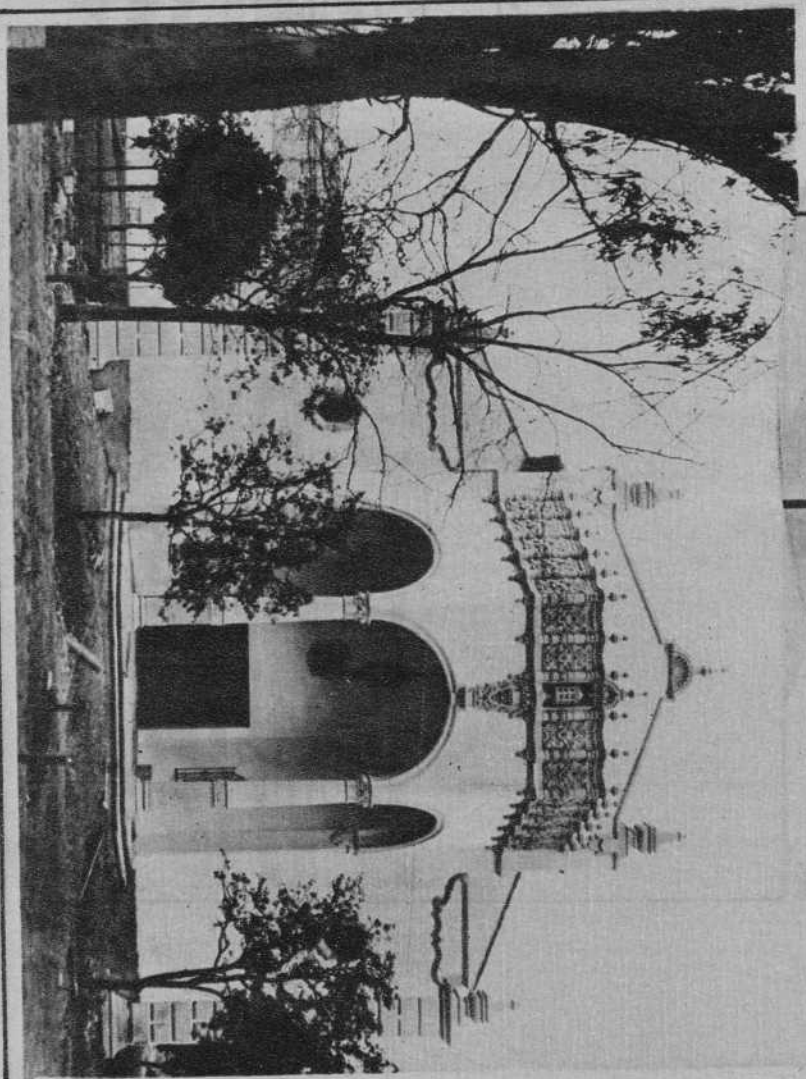
Vista del edificio «Exhibition Buildings»



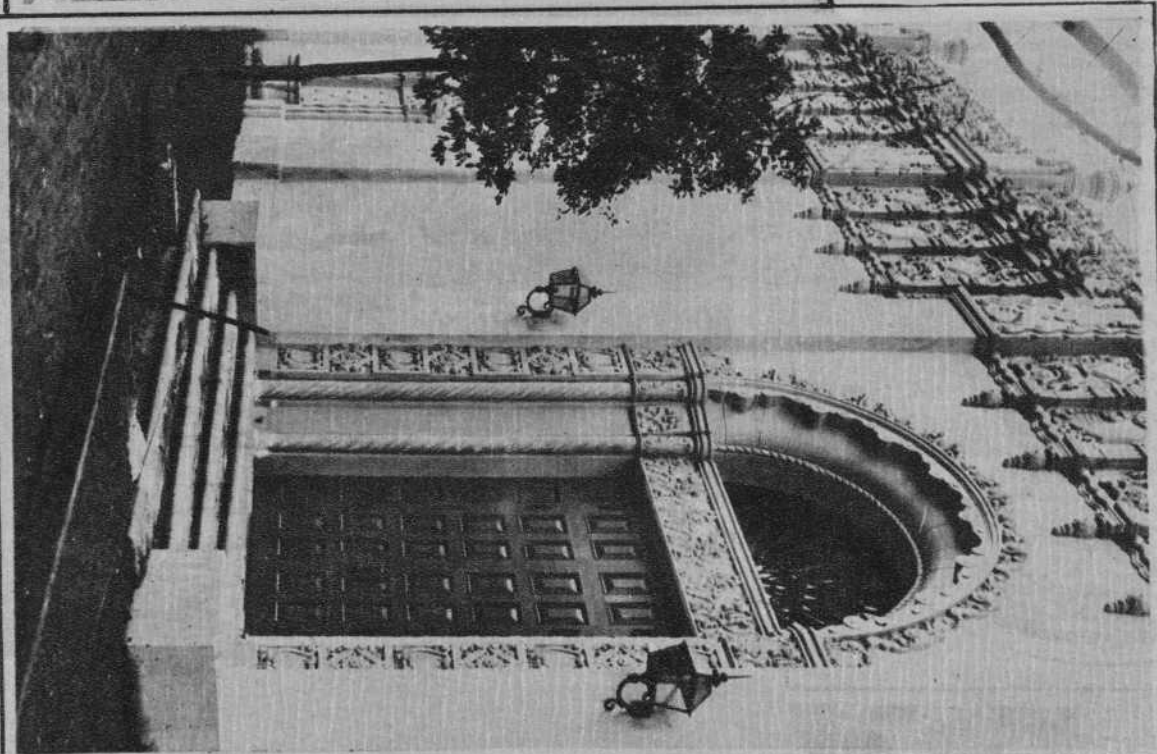
Detalle del «bordado» del edificio de la «Exhibition B.»



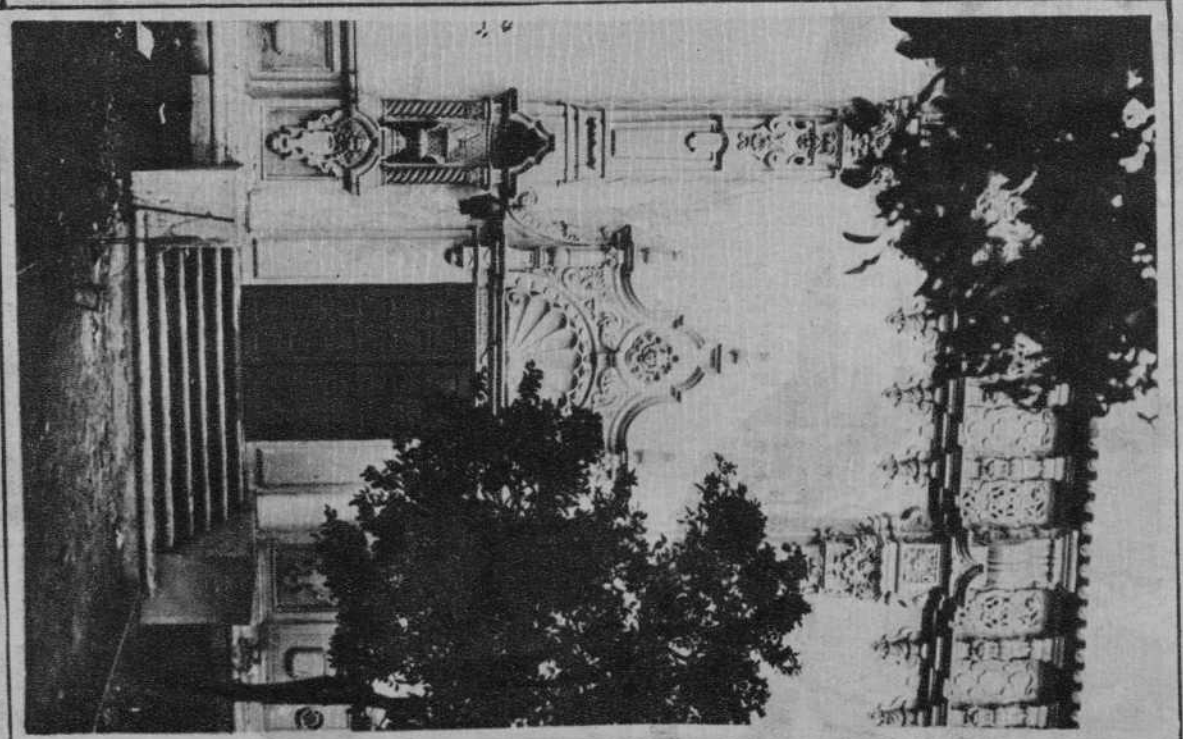
Una artística reja de hierro de la fachada principal del «Permanent B.»



El «Cinema Buildings»



Puerta de entrada



Puerta de salida del Cinema

(Fots. Vida)



Pasatiempos



Cada flor tiene...
(POR T. GUELMITOS)

SU VINDA

En la Gramática

Nombre de mujer Secta

Automóvil de lujo + s

Prenda militar Aborrece

Conjunción

Aurora Consonante Vegetal

Industria
(POR SEPI PLATZ)

G MES d.

Charada
(POR MANUEL CERVERA)

Una ventera iracunda desde su tótal gritaba:
—¡En mi prima-dos abunda la rica terci-la-segunda, que doy casi regalada!

De Talavera
(POR UNA CASTELLANA)

A ZU

¿Inventaré algo?
(POR «OTRA CASTELLANA»)

ASIRO

0 SIN ESTRENAR

Nombre de mujer
(POR RICARDO LAFFITTE)

TI CLAVEL NA

¿De dónde sería?

REDENTOR

Para asomarse - n

L ON

Dió de beber

L en la baraja QUIERE
Nombre de mujer

Nombre de mujer - a

Las soluciones, en el Extraordinario del próximo domingo

El Día Gráfico

CUPON
QUE DEBE ACOMPAÑAR
A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

NOVEJARKYN

El notable exaltador de nuestras joyas arquitectónicas, nacido en Barcelona el 1803, murió en nuestra ciudad en 27 de mayo de 1876.

Su vida, como la de todos los intelectuales de su época, tiene un marcado sello de predestinación, hacia una labor absorbente que llena su vida, ayotolado necesario a una época de formación, en que todo se había de reconstruir de nuevo.

Había estudiado en la Escuela de Nobles Artes que sostenía la Junta de Comercio y desde muy joven, concibió la idea de editar una obra, en la que se subrayasen las bellezas arquitectónicas de España, a fin de despertar el gusto hacia las cosas de la tierra y detener la destrucción de nuestros monumentos.

Habiendo solicitado la colaboración de MIA y Fontanals para la confección de la parte literaria, éste le recomendó a Piferrier.

Parcerisa nos cuenta de la manera que entraron en relaciones, del modo siguiente: «...llegó al fin el caso de pensar a quien encargaría el texto de mi obra, sobre lo cual tenía mi plan formado. Quería para ello un estilo poético; mi bello ideal eran las elegantes descripciones de Víctor Hugo en «Nuestra Señora de París»; nada de disertaciones, generalmente frías y fatigosas; noticias, las que arrojesen los documentos de los archivos, y cuando no, lo que se tuviese por más cierto y averiguado.

«Así se lo manifesté a don Manuel MIA y Fontanals, que fué mi escritor; mas éste, indicando algunos motivos que le impedían aceptar mi trabajo al cual, dijo, se habría dedicado gustoso, abogó para que lo confesara a un amigo suyo llamado don Pablo Piferrier, de lo que me escusé porque deseaba un literato conocido, entre los cuales los había de mi devoción. Mas tanto insistió el señor MIA en favor de su amigo, y tanto aseguró su aptitud y buen gusto para el caso, que consentí en tener con él una entrevista.

«En efecto, al día siguiente vino a mi casa un joven de modesto porte y bondadoso aspecto, que desde luego me fué simpático y mucho más cuando me hizo memoria de haber sido mi amigo de niñez, lo que fué recordando perfectamente resultando la coincidencia de ser como yo oficial del arte de la seda, y su padre como el mío, maestro en la misma profesión.

«Añotado Piferrier a la arqueología y deseoso de desempeñar la parte literaria de la nueva impresión, para probar si acertaba de lleno a comprender mi deseo, me propuso redactar una entrega como muestra. Adoptada la idea, escribió la introducción al tomo primero de Cataluña, que efectivamente resultó tal como yo deseaba.

Piferrier empezó su trabajo, en circunstancias poco a propósito para escribir una obra de esta índole. «El humo de las des-cargas—dice en el prólogo del tomo segundo—aun se cernía tristemente sobre las azuladas copas de los pinos; los ríos, reflejaban el brillo siniestro de las armas y los semblantes de los combatientes, y sobre las ruinas de nuestros monumentos más antiguos d base y recibían la muerte con valor y ferocidad grandes. En vano aplicábamnos de lejos el oído para recoger un eco de los cantares montañeses; ninguna voz humana realizaba la armonía de la naturaleza, ni venía a perderse entre los murmullos del espúcio; no sonaban dilaciones en las alturas; la flauta ni la gaita; y el toque aborrecido de las trompetas sobrepujaba a todos los demás sonidos, a la manera con que una tinta de sangre ciferne a las damas de un cuadro apacibles.

En todo lo que escribió Piferrier sobre los «Recuerdos y bellezas de España», acreditó la recomendación de MIA, demostrando dominar lo que intentaba. Su estilo era ameno, elegante, fogoso e instruído sin profundir cansancio y exaltaba la mente hacia la glorificación de lo nuestro.

Los restos del Monasterio de Poblet inspiraron a Piferrier las siguientes líneas: «Lació un día funestamente memorable; una revolución desquiciaba a España, el sol reflejaba en las armas de los que, llenos de frenesí, iban a derribar una obra que habían respetado los siglos. No le bastaron a la iglesia ni la santidad de su nombre, ni la majestad, ni la muralla de sepulcros, que ceñía; todo se profanó, y las cenizas de los héroes fueron holladas por la muchedumbre. Al sentir una mano sacrilega sobre la armadura, el resonar en los templos insolentes burlas y carcajadas, cómo no se movieron aquellos reyes y guerreros, y cómo de aquellos gigantes las espadas no salieron de sus vainas? Las llamas devoraron las tapiécerías y las dádivas con que nuestros antepasados enriquecieron el Monasterio, y las profundas bóvedas, desplomándose con estrépito, todo lo sepultaron con horrible destrozo y convirtieron en un montón de ruinas el Monasterio de Santa María».

Como concebida con tanto calor y entusiasmo esta empresa, no tenía que sucumbir. Hay que imaginarse la parte de embelleso que debía tener el trabajar en un terreno virgen, en el que tal empresa tenía visos de un viaje a países ignorados. Mirábase aquellos monumentos después de un largo letargo, con ojos amantes que veían sus gracias romanizadas, con el presiglo de la leyenda de los siglos y con el carifoso amor de un buen hijo a sus padres.

Parcerisa y Piferrier recorrieron Cataluña y Mallorca, siendo las páginas que el espectáculo de nuestros monumentos le inspiraron, lo más emocionante del material escritor, cuya efímera existencia, como dice Madrazo, se extinguió prematuramente, su a ma se había agotado como una flor primaveral con los ardores del estilo, ante los vandálicos incendios de Ripoll y de Monte Aragón y las bárbaras demoliciones de tantas y tantas maravillas arquitectónicas que él más que ninguno comprendía y amaba...»

Grande sería la contrariedad y el dolor de Parcerisa, al perder a su buen compañero, pero pronto tuvo un sucesor activo e infatigable, que dió irresistible impulso a la obra empezada. Fué Quadrado Parcerisa, un valioso complemento, y ambos recorrieron media España, procurando con la visión de tantos monasterios, templos y castillos, despertar el horror a su destrucción y ensalzar la generosa fe que había engendrado tales maravillas.

Este monumento colosal, en su tiempo de los «Recuerdos y bellezas de España», constaba de los tomos correspondientes a Cataluña, Mallorca, Aragón, Córdoba, Granada, Castilla la Nueva, Asturias, Valladolid, Palencia y Zamora, Salamanca, Avila y Segovia.

La labor de Parcerisa, fué digna del trabajo de sus compañeros y nada lo prueba tanto como el hecho de que en la Exposición Universal de París, de 1865, y en la Nacional de 1866, fueron premiadas algunas de dichas ilustraciones.

Al dar cuenta de su fallecimiento, su compañero José María Quadrado, decía en el «Diario de Palma»:

«Era sorprendente y producía maravillas, la fuerza de voluntad de aquel hombre. Ella le convirtió, después de formado, de industrial en artista, de dibujante a los cincuenta años en pintor, obteniendo premios con sus cuadros de forma correcta y hasta elegante...»

Entre los cuadros a que se refiere Quadrado citáremos: «Vista exterior de la catedral de Burgos» premiada con medalla de tercera clase en la Exposición Nacional de Madrid (1860) y adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional; «Sala capitular de un convento de Templos demolido en Cenios del Campo», adquirido por el rey consorte don Francisco de Asis; «Capilla mayor de la catedral de Barcelona, vista

Páginas infantiles

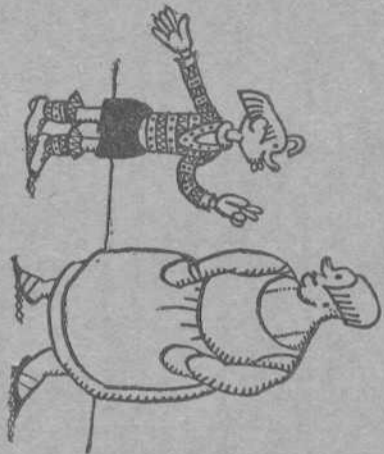
Animales feos que deben ser respetados

LOS MURCIÉLAGOS

Ciertos animales nos inspiran un sentimiento de repulsión instintiva cuyos motivos no sabemos explicar. Lo malo es que esa repulsión a menudo toma como objeto a seres inofensivos y aun muy útiles para el hombre. Vamos a hablar de algunos de estos últimos. Tenemos, por ejemplo, a los murciélagos. Seguramente, la mayoría de los lectores que los conocen, opinarán, habiendo de primera intención, que los murciélagos son pequeños monstruos. Quizá hayan oído atribuirles toda clase de fechorías, la menor de las cuales consiste en aferrarse rebosantemente, como diablitos irritados, a los cabellos de las personas.

Pero esos lectores conocen también a los mosquitos. Sin duda les son más antipáticos que los murciélagos y evidentemente con mucha razón. No sólo son insectos insoportables que nos hacen pasar noches desveladas con su fastidioso zumbido y sus picaduras, sino que pueden transmitirnos enfermedades mortales, como la malaria y ciertas fiebres tropicales. Naturalmente, importa mucho exterminar los mosquitos y uno de los mejores medios para lograrlo consiste en proteger a los murciélagos, pues esos pequeños maniáticos aliados son grandes destructores de mosquitos. Cada murciélago devora en una noche centenares y aun millares de tales insectos. En algunas regiones pantanosas y por consiguiente azotadas por las fiebres palúdicas se procura la multiplicación de los murciélagos y se construyen para ellos refugios especiales porque se tiene por seguro que de su abundancia depende el mejoramiento de la salubridad de la región.

Es cierto que hay una especie de grandes murciélagos, habitantes de las selvas tropicales—los llamados vampiros—que se alimentan de la sangre de los animales y a veces de la del hombre, pero los murciélagos comunes que suelen ser vistos a la



—No quiero que juegues con Jaime, porque es un niño muy mal educado.

—Es imposible, mamá. Precisamente la mamá de Jaime quiere que juegue conmigo porque yo soy educado. ¿Cómo quieres que cometa la desobediencia de rechazarlo?

caída de la tarde en las poblaciones, son animalitos completamente inofensivos, y, como hemos dicho, muy útiles, por lo que merecen ser protegidos.

LOS MOCHUELOS

Para la generalidad de las gentes son también animales antipáticos, el mochuelo y la lechuzca. Ante todo, dicen, «stressen des-Éricas». Y la prueba de ello, agregan, está en que se los ve revolotear de noche en los cementerios y entre las ruinas y que su grito es lúgubre. Errores absurdos... Lechuzca y mochuelo no viven sólo en cementerios, edificios viejos y campanarios, sino dondequiera que encuentren un lugar seguro para anidar. Lugar abrigado, alto y lo menos accesible, pues duermen durante el día, cuando otras rapaces pueden perseguirlos. Sin duda su grito no es nada melancólico, pero hay otras muchas aves que no emiten más que un chillido o un graznido y no por eso tienen mala reputación. También culpan a la pobre lechuzca de tener ojos redondos y como asustados; pero una mirada o un chillido no hacen mal a nadie.

En cambio, los mochuelos, las lechuzas y los búhos de todas clases son grandes cazadores de ratas, de ratones y de otras alimnias dañinas. Si en un granero invade por esos nefastos roedores se encuentra una lechuzca, los destruye con tanta eficacia como media docena de gatos.

LAS SALAMANDRAS

Para demostrar hasta qué punto son absurdos ciertos prejuicios contra animalitos inofensivos, refiero B. Hieris que en cierta ocasión paseándose con un amigo por un campo cercano a una aldea francesa, vio avanzar un grupo de aldeanos. A ambos lados del camino se extendía un terreno pantano. El amigo le dijo:

—Apuesto a que impido a todas esas buenas mujeres seguir por el camino y las obligo a meterse en el lodo.

Dicho esto a su asombrado compañero, el amigo se alejó un trecho, buscó entre la hierba, recogió algo y lo transportó a un poco más lejos.

Luego volvió al lado de su compañero. En eso se acercaba una campesina. De pronto se detuvo, hizo un gesto de desagrado, retrocedió unos pasos y luego entró en el terreno pantano, dio un gran rodeo y reanudó su camino mucho más lejos. Un instante después llegó al mismo lugar un grupo de mujeres. Hicieron lo mismo que la mujer que las precedía; dieron un rodeo, chapoteando en el fango y volvieron a tomar el camino a muchos metros del sitio donde habían experimentado el suceso.

El amigo condujo entonces a su compañero a esa sitio y le señaló, en medio del camino, la causa de tanta emoción de las mujeres: era una pequeña salamandra, el más inofensivo de los animales. Los campesinos de esa comarca creen que encontrarse con una salamandra en el camino trae desgracia, a no ser que uno murmure ciertos exorcismos y se aleje rápidamente volviendo sobre sus pasos y dando un rodeo. Van a riesgo, como en ese caso, de perder el calzado en el fango.

SAPOS Y CULEBRAS

Hay pocas personas a quienes los reptiles o los batracios no inspiren viva repugnancia. Ciertamente, un sapo es un animal feo. Por lo tanto, no pediremos que se le admire, sino simplemente que no se le mate. Será esta una precaución útilísima para quien quiera ver crecer las legumbres en su huerta. Casi todas las ortigas e insectos que devoran las legumbres, a su vez, devorados por los sapos. Lo saben también los hortelanos ingleses que se hacen enviar de Francia grandes cantidades de sapos para distribuirlos en sus sembrados con objeto de que destruyan los insectos.

Un buen día nos pasamos por el huerto. De pronto, a nuestros pies, algo se deslizó

rápidamente. ¡Horror! ¡Es una culebra! ¡Hay que apartarse! ¿A caso no se ve su «dardo» que se sigue amenazador en las fauces abiertas del animal? Si no lo matamos, podrá picarnos... Tranquilemonos. No ha de picarnos, por la buena razón de que esa horquillita que se agita en su boca no es más que su lengua perfectamente inofensiva. Lo único que la culebra tiene de reprochable es su parentesco cercano con la víbora que, en efecto, es un reptil ponzoñoso. Pero es fácil distinguir a una de la otra y no han de pagar justos por pecadores, por el hecho de que en una familia haya individuos malos.

La culebra es también un animal útil, a la manera del sapo, porque se alimenta de animalitos nocivos para los cultivos. Y cuando uno logra vencer la desconfianza injustificada que suscita y la observa sin prejuicio, nota que es también un lindo animal, con su largo cuerpo de verde oscuro sembrado de manchas negras, su collar amarillo y sus ojos víraceos. Es posible domesticarla y algunas damas han hecho de ella su animal favorito y la tienen en su habitación, zanjada como un faldarillo. La culebra domesticada acude cuando su



—Ya sabes, Perico, que no quiero que tires al gato de la cola.

—Si no tiro, mamá... el que tira es él.

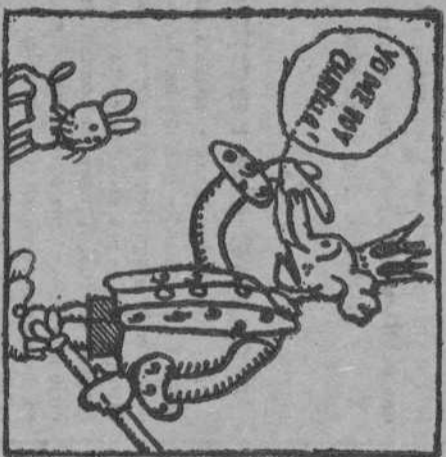
.....
ama la llama, bebe leche en una taza, duerme sobre un cojín y se arroja suavemente en el brazo de su protectora. Pero siempre a causa de su parecido con la víbora no son muchos los que se atreven a elegirlo por animal favorito. Hay quienes prefieren un lagarto, animalito también inofensivo

y gracioso que puede prestar en la casa pequeños servicios en razón de ser muy aficionado a las moscas. Y todos convenimos en que las moscas son insectos molestos y sucios, que se pasan por las inmundicias y luego se posan en la cara de una persona o en los alimentos. Están justificados todos los medios para librarnos de ellos y por cierto que tener en la casa un par de lagartos sería uno de los medios más eficaces.

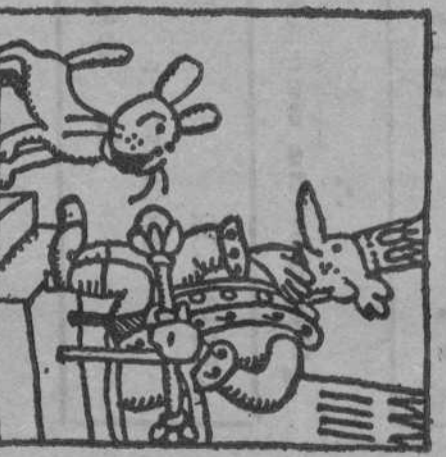
LAS ARANAS

Vamos ahora el horror de los horrores, el monstruo cuya presencia provoca los chillidos de algunas jovencitas demasiado sensibles: la araña. No hay duda de que su cuerpo peludo, sus largas patas y sus mandíbulas inquietantes no son características que la recomendarán a la simpatía. No obstante, es un error matarla sin piedad, como se suele hacer, porque la araña presta también servicios. Es la más implacable enemiga de las moscas. Sólo por eso merece ser respetada, si no en el interior de las habitaciones, por lo menos en los jardines.

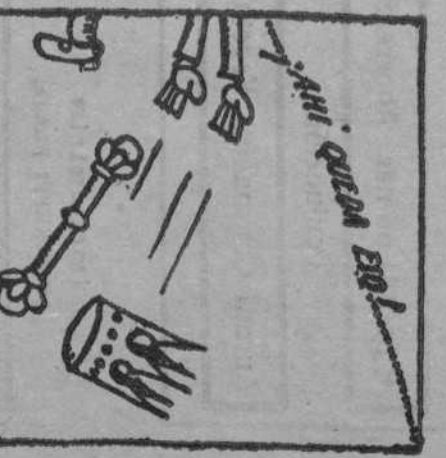
Historia breve y sencilla, de Narigón y Chatilla.



Con el peligro corrido se hace el buen rey precavido y comienza a estar casado de vivir siempre en cuidado.



—Narigón, márchate presto que tu oficio es muy expuesto —le va diciendo Chatilla— que recuerda la morcilla.



Reconoce Narigón que su can tiene razón y dando pruebas de seso, dice, al fin: —¡Ahí queda eso!



Abdica y el pueblo en masa les acompaña a su casa, y se dejan de gigantes, dragones y dicromantes.



Chatilla, libre de aróbo, acaba por hallar novio y hasta el mismo Narigón se enamora con pasión.



Se casan el mismo día entre bulla y alegría y en esto acaba la historia de inextinguible memoria.



la hora en que he escrito a don «Manués» y cuando él venga pondrá punto «fin» a mi discurso. ¡Vale?

MANOLILLO.—Vale.

PACO.—Vámonos al toro. Yo sé lo muchísimo que la querías...

MANOLILLO.—¡Que la quiero!

PACO.—Como te dé la gana. Pero, o me dejas «perorar» sin chistar o renuncio a contártelo «tío» como te he «cofrécio».

MANOLILLO.—Ya no vuelvo a «despegrar» los «labios».

PACO.—Allá va, «entonces». Sabiendo lo mucho que la querías y sabiendo también que tienes, como yo, una madre, una «viejecita», que te espera rezando «rosas» las noches en una salita baja de una casita «mu» chica, y «mu» pobre, como la mía, pero más limpia que esta manzanilla que yo estoy bebiendo y que tú todavía no has «probado», y teniendo la «seguridad» de que aquella «mujej» te engañaba...

MANOLILLO.—¡Paco!

PACO.—...o que te iba a «engañar», me propuse «clarar» la cosa «ante» de darte la «puñalá» traspera que te he «dado», «pa» decirte la «verdad», «pa» desengañarte y «pa» que no volvieras a mirarla a la cara. Y escucha y... olvidácala, desde este momento.

Como tú sabes, el jueves «pasado» estuvimos de juerga con don «Manués»—un «co» razón de oro según he «podido» «apreciar», y con nosotros venía la «esposa» de don «Manués» esa bruja que dice que es su madre pero que yo estoy seguro que no lo es... ni por equivocación.

Tú no te enterabas de «nada» porque «estabas «embobado» mirando los ojos de la niña que son «la nifia de tus ojos», pero yo «pesqué» una conversación entre la «vieja» y don «Manués», y vi que éste le «largó» con «disimulo» un «billete», que no era «precisamente»

antebraso dejando al descubierto la totalidad y velluda piel.

Este es el escenario. Quien lo «viera» alguna vez quizá lo reconociera, pese a las deficiencias descriptivas. Quien no tuviera la suerte—no quito ni una letra—de conocerlo, tal vez pueda formarse una idea aproximada de lo que es el «ventorrillo de la Corral» en la luminosa y risueña ciudad mediterránea.

Contrastando su seriedad con la animación y la alegría que reinaba entre los ocupantes de todas las mesas y con el regocijo y la satisfacción retratados en los semblantes de los que saltan y entran en el establecimiento de bebidas, propiamente dicho, instalado en la planta baja del Ventorrillo; sentados junto a un pequeño velador que habían logrado les dispusiesen en un hueco libre de la terraza, se hallaban «Manolillo el Victoriano» y su gran amigo y compañero de andanzas «Paco», el de los lunares, «cantor» de los mejores el primero y «tocador» de los mejores, el último. Abstraidos por completo de cuanto les rodeaba, mantenían la siguientes conversaciones:

MANOLILLO.—¡Que no puedo creerlo, Paco de mi alma; que no quiero creerlo, mejor dicho!

PACO.—Y yo, que tanto te quiero, no tengo más remedio que hacerte tragar el paquete». Es preciso «Manués» que olvides a esa «mujej»; es preciso.

MANOLILLO.—¡Olvídalas! ¿Tienes pruebas de lo que dices?

PACO.—¿Pruebas? ¿Vale? mi palabra? ¿Tendrás bastante con que te cuente lo que hice?

MANOLILLO.—Sí. No me ocultes «nada».

PACO.—Escucha. Procuraré «acabar» «pa»

Brilla el sol con todo su esplendor, como en Málaga—ciudad de luz y alegría—brilla siempre. El azul purísimo del cielo se confunde con el purísimo azul del mar, no sabiéndose si éste refleja a aquél o es aquél el que se retrata en éste.

Cerca, muy cerca del mar, separada de su orilla por el espacio que ocupa la vía de un ferrocarril, existe entre otras, una casita de estilo inapreciable, pero en cuya construcción presidió el más delicado buen gusto. En su terraza, a la que sirve de todo el suelo de un alegre comedor «cristalado» con vistas al bello Mediterráneo, hay colocadas varias mesas cubiertas de blancos manteles de los que el vino de Andalucía, al verse, no mancha la albura pero el aromatiza el tejido.

En un ángulo de esta terraza, una tosca mesa, no tan limpia ya, debido a los menesteres a que se destina; sobre dicha mesa unos trozos de limones, un canuto de cántica con tapón agujereado, conteniendo pimienta molida, y un cuchillo corto y fuerte con mango de madera. Junto a la mesa una banasta con ostras. Ante mesa y banasta un «gabogotes» dispuesto a abrir el apetitoso marisco que ha de servirse a los concurrentes. Frente a la casa, en la misma orilla del mar, una alegre fogata, semicircundada por una prominencia formada junto a ella con la propia arena de la playa. Clavados en esta prominencia, ligeramente inclinados hacia el fuego, los «estopones» de caña, con las sardinas que, lentamente, van adquiriendo tonalidades de «jabogotes» que, como el primero, viste el típico traje; pantalón de basto paño pardo hasta la rodilla, por donde asoma unos centímetros de blanco calzoncillo interior. No llevan chaqueta; el chaleco cubre la limpia camisa, el cuello de la cual aparece abierto y las mangas dobladas sobre el

miendo un atentado de la Okrana, se les dijo que sus servicios no eran necesarios. Unos cuantos partidarios de Rasputin, que se habían introducido en el primer piso del palacio, donde había un hospital anglo-ruso, intentaron penetrar en las habitaciones del gran duque, sin conseguirlo. La intención de un atentado era evidente. Los criados del gran duque montaron una guardia y el presidente del Consejo, Trepof, envió una sección de soldados. Los obreros enviaron una delegación a Yussupof, ofreciéndose para defenderlo.

¿Y el emperador? Al recibir la carta de la emperatriz anunciándole el asesinato de Rasputin, fué observada en él una contenida alegría. ¿No era para él la liberación? ¿No desaparecía una fuerza intrigante y apremiante? Su espíritu débil, ¿no iba a sentirse sin el peso de una voluntad estranguladora? El emperador se puso en camino hacia Petrogrado, dejando a los soldados del frente, gozando la noticia de la muerte.

Si Nicolás II tuvo, como su pueblo, la sensación de que los tiros del palacio de Yussupof habían salido salvos de liberación, al encontrarse en palacio cayó nuevamente bajo el dominio de la emperatriz. Con ella estaba unido por la gracia divina y con ella sintió el odio hacia los asesinos. Todo lo hecho por la emperatriz contra Yussupof y el gran duque Dimitri, fué mantenido. A Purichkevitch no se le molestó, por estar en el frente y porque se le temía. Era un ídolo popular, pertenecía a la extrema derecha, y no tenía ni ambición, ni contaminaciones revolucionarias. Prenderlo ¿no representaría decir a toda Rusia que un hombre puro, zarista y patriota, había creído necesaria la ejecución de Rasputin?

Todos confiaban en que, desaparecido el genio maligno, el emperador comprendería, al fin, la necesidad de marchar junto a su pueblo, cesando los ministerios relámpagos, nombrados por las fuerzas tenebrosas y elegidos por él, si, pero declarándoles responsables ante la Duma, alejando a la emperatriz de la política, anulando todas las influencias germanófilas y pacifistas, castigando la incuria, penando la negligencia, enderezando el desorden administrativo, volviendo a fortalecer a Rusia, llevándola a la victoria, matando, en fin, el rasputinismo, para que fuese nacionalmente eficaz la muerte de Rasputin.

El emperador se solidarizó con la emperatriz. Trepof, el presidente del Consejo, recibió orden de llamar e interrogar a Yussupof, para arrancarle la verdad sobre el asesinato:

—No es usted—le dijo Yussupof—, sino el emperador, el que me interroga, ¿verdad?

—Es cierto.

—Entonces, ¿cómo quiere usted que yo, aun aceptando mi culpabilidad, que no la «cepto», delate a mis compañeros? Dígame usted al emperador que los que han suprimido a Rasputin, lo han hecho empujados por su amor al zar y a Rusia. Dígame que en los momentos actuales no son los autores de la muerte a los que hay que perseguir, sino las causas que han producido el asesinato. Dígame que toda Rusia, después de la alegría por la ejecución, sólo tiene un pensamiento: ser salvada y salvarse. Dígame que todos ustedes, los gobernantes leales, y nosotros, debemos unirnos para salvarle, porque él, también, en el fondo de su alma, siente el contento de la pesadilla rasputiniana desaparecida y el ansia de un cambio profundo en nuestra política.

Trepof, asombrado de aquel lenguaje, respondió a Yussupof:

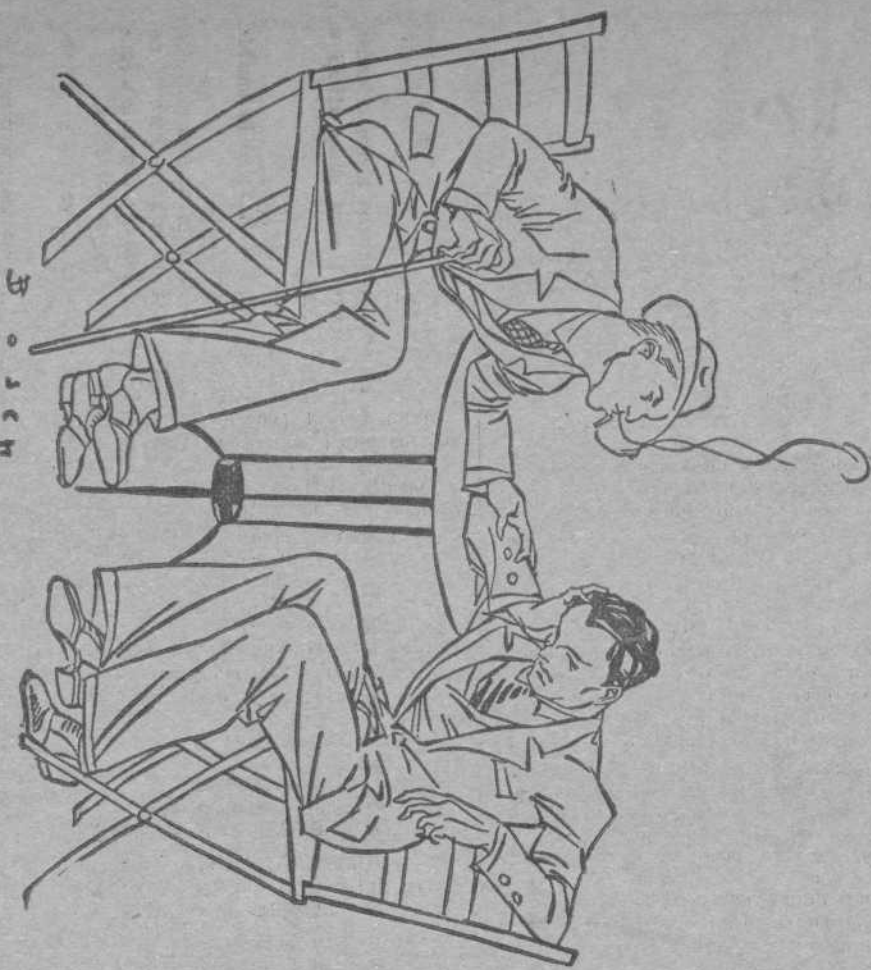
Este carta la firmaba, en primer término, Olga Constantinovna, reina de Grecia. El gran duque Pablo, recibió, a poco, la respuesta:

“Nadie tiene derecho a matar. Yo sé que la conciencia de algunos no está tranquila, ya que Dimitri, no ha sido el único mezclado en el crimen. Vuestra petición me ha extrañado.—Nicolás.”

Dimitri Paulovitch, iba marchando hacia Persia. Desde el día de la recepción de esta carta, hasta la revolución, los grandes duques no volvieron a palacio. Lo inevitable se iba acercando.

samiento del tranvía, que ella guardó en su seno... o lo que sea. Acabó la cosa en pá y gracia de Dios y écaz uno étramós epas nuestra casa. Te juro que no pude dormirs en lo que quedaba de noche—que era bastante poco por cierto—pensando en lo que había écosos. —¿lo que debía étneses. Cuando me levante tenía mi resolución étomada,

«sabés la averda», Manolillo el Victoriano, que es el amigo «menconoso», quiere con étoz su alma, casi tanto como a su madre. —¿Ya vé costés si la quiere!—«ea emujés. Yo sé que aquí hay égalo encerrros y por eso le he preguntado: ¿va costés a ver a la Pepa? —A ver a la Pepa, voy, pero no sé si vengo con el consentimiento de ella. Con



Puesto que don «Manués» iba a ir a casa de la Pepa por la noche a las diez, también iría yo... «pas desangañarme. Poco faltaba epas la hora en el «catedra» chiquitas que llevo en el «chorsillo» cuando llegaba a la Plaza de Santa María y me escondía detrás de un carro viejo que allí había. Corta fué la espera—¡vaya un tío «putudá»!—porque todavía no me había repuesto de la impresión que me produjo la «espléndida» iluminación de la Plaza, cuando vi acercarse a don «Manués». Le saludé al encuentro y él, «sorprendido» pero no «asustado», porque es un hombre «templado», se llevó la mano al «chorsillo» del pantalón y preguntó: —¿Quién va? —Déjelo costés en paz, don «Manués»; ya sé lo que guarda costés ahí y no me hace falta decirlo. —¿Ahí étres tú, Paquillo? ¿Qué quieres? —¿Va costés a ver a la Pepa? —¿Con qué derecho y quién eres tú «pas preguntarlo? —El derecho me lo da la «amistá». Soy un amigo de mi amigo. Ya está «contestado». —¿Como no te explicas...? —A allo voy con seguita. Yo vengo a

esta franqueza te contesto, porque también yo profeso verdadera «amistá» a Manolillo. —¿Y queréndolo y sabiendo lo que hay va costés a «subir»? —Ahora con mayor motivo. Ahí dentro hay dos «mujeres», una de las cuales me ha «chicoteo» a venir. Quizá sea una mala pensón; quizá la otra no está de acuerdo con ella, pero ¿y si lo está? ¿No es preferible que nos «entorremos» en beneficio de esa «amistá» de que antes te «envenecías» y de la que, como te he dicho, participo también? —¿Tiene costés razón. —Voy a «subir» y así sabremos quien es la mala... o si lo son las dos. Así podremos saber la «verda» que tanto deseas. Poco he de tardar, pues en cualquier momento los dos casos saldré en seguida. Por modesta que sea la persona en quien ponga mi «amistá», no la sacrificaré a la satisfacción de un capricho. —Dios se lo pague, don «Manués». Suba costés, que aquí lo espero.

Subió don «Manués» y, como me había «cofrado», salió bien pronto. **El pájaro prudente** (Fábula) Periquín era cruel. ¡Por qué atacaba a los lindos gorriones inocentes, poniéndoles mil trampas, sin motivo, en las ramas más altas y más verdes del árbol más frondoso de su huerto! ¡Por qué gustaba de separar la muerte! ¿Qué mal le hacían los alados seres? ¡Y a fe que recibía batucacos por caer de lo alto muchas veces! Así, un día, tendió en el peral viejo su trampa favorita... ¡Fuego suertel! ¡Ya he cazado un gorrion!—Periquín dijo, viendo un pobre gorrion preso en las redes. Y embió, por asistio, tronco arriba... Pero, sus brazos, fueron poco fuertes y resbaló hasta el suelo, con las manos tintas en sangre... ¡Daba pena ver! Y el pájaro, escapó... Saltó a otro árbol, libre y veloz, plando alegremente. Perico era tenaz. Volvió a la carga y tendió nueva trampa... ¡Que si quieres! La cualquier hora vuelven los gorriones de la trampa escapados, a exponerse! Perico, quejumbroso, fué a su madre: —Mira, mamá... El pájaro no vuelve. —No es tanto como tú, que te haces «dado» y repetir el lance otra vez quieras... Aprende del gorrion, hijo mío... Pájaro y todo, sabe ser prudente y no expone la vida por capricho como lo hiciste tú... ¡Aprende! ¡Aprende!

Clovis EIMENHO

—Príncipe, ¿cómo puede tener usted tanta sangre fría y de dónde saca esa fortaleza de espíritu? Nada hizo Trepof, nada los grandes duques, nada la nobleza, nada el pueblo. En todas partes se hablaba de la necesidad de un movimiento, pero nadie lo encabezaba. Después de unos conciliábulos en el palacio de María Paulowna, una delegación de grandes duques fué a visitar al gran duque Dimitri para que se pusiese al frente del movimiento, pero el gran duque rehusó porque él podía presidir la eliminación de Rasputin, pero no alzar la mano sobre el emperador. Todos hablaban de la inminencia de un golpe de Estado, pero ¿cómo sustituir al emperador? El zarismo se debía sustituir, pero no el zar, no Nicolás II. Una regencia del gran duque Nicolás, hasta que el zarevitch alcanzase la mayoría de edad. Si no, la cólera popular derivaría hacia una revolución que destrozaría a Rusia. El gran duque Pablo, padre del gran duque Dimitri, escribió al zar para que fuese derogado el arresto de Dimitri. El zar contestó: "Yo no puedo levantar el arresto de Dimitri, mientras duren las diligencias judiciales. He dado, sin embargo, orden de que se proceda con actividad y con todo miramiento. Todo esto es muy triste y penoso, pero él mismo es culpable de hallarse mezclado en esta aventura. Ruego a Dios para que Dimitri salga limpio de culpa." La decisión de la corte de proceder contra los ejecutores de Rasputin, a pesar de su alta jerarquía, era evidente. La emperatriz hablaba incluso de fusilarlos, y como que todavía se ignoraban concretamente los detalles y los cómplices, desde palacio se dictaban órdenes para que fuesen perseguidas todas las personas sospechosas, por alto que fuese su rango. La hijastra del gran duque Pablo, la hija de la princesa Paley, fué interrogada por la policía y su palacio registrado por orden de Protopopof. Este, que era espiritista, anunció a la emperatriz que era seguro hallar una pista. —¿Cómo?—preguntó la emperatriz. —He evocado al espíritu de Rasputin, y me ha dicho que la hijastra del gran duque Pablo participó en el crimen y que en su casa están las pruebas. —Pues que vaya el general Popov a hacer el registro, ya que lo pide el espíritu del «staretz». El registro fué hecho. La hijastra del gran duque Pablo, indignada, fué a visitar a Protopopof, que la acusó, la injurió, para convencerse, al fin, de su inocencia, y exaltarle la memoria de Rasputin. —Usted no ha visto nunca una esfinge?—le dijo—, los ojos de la esfinge, miran hacia el misterio del horizonte. Si la miramos, sus ojos nos hipnotizan. El santo Rasputin era la esfinge... Pero el proceso por la muerte de Rasputin iba presentándose como un nudo difícil de desatar. Yussupof y el gran duque Dimitri, cada día veían acrecentarse su popularidad, y si el proceso iba adelante ¿cómo iban a presentarse ante los tribunales dos parientes del zar? ¿Qué aureola de heroísmo no les rodearía? ¿Qué historias, qué leyendas, qué escándalos no se esparcirían por Rusia, envolviendo a toda la familia imperial? No podía haber proceso por la muerte de Rasputin.

La emperatriz no se resignaba a ello. Pasada la emoción y el dolor de la primera hora, en su alma de diamante había resurgido la fuerza: —No llores, Ana—decía a la Virubova—. Yo siento que toda la fuerza de Gregorio está ahora en mí. Yo soy la zarina otra vez, fuerte y pujante, y yo se lo demostraré. Su rostro—escribe la Virubova en su diario—, estaba exangüe y muerto. Los ojos eran llamas. Sus palabras resonaban como órdenes. Cogió una cruz, regalo de Rasputin a la Virubova, y se la colgó en el pecho. Rasputin, muerto, resucitaba en la emperatriz. —No podemos enjuiciarlos—anunció la emperatriz—, pero que sus pies no pisen la ciudad que ha visto su crimen. Dos órdenes de destierro fueron dictadas. El gran duque Dimitri debía salir hacia el frente de Persia. Yussupof, a sus tierras de Crimea. En cuanto a Purichkevitch, seguiría en el frente, vigilado por la policía. Las órdenes imperiales fueron cumplidas. A las dos de la mañana del 22 de diciembre, acompañado y custodiado por el general Leiming y su ayudante, salió para Persia el gran duque Dimitri. El mismo día, a media noche, Yussupof, acompañado de un inspector de policía y un capitán del Cuerpo de Pajes, partía para Crimea. La estación estaba vacía. Destacamentos de policía, impedían la entrada al público. Los grandes duques se reunieron para solicitar del emperador el perdón del gran duque Dimitri. Esta solicitud, representaba una advertencia de disconformidad por la política interior, y un aviso para el futuro. La gran duquesa María Paulowna, lo anunció al embajador de Francia: —Fuera de la emperatriz, nadie tiene influencia sobre el emperador. Nos esforzamos en anunciarle que está perdiendo la dinastía, que su reinado, que pudo ser glorioso, va a terminar en una catástrofe, y no quiere creerlo. Es trágico... Ahora vamos a presentarle una memoria firmada por toda la familia imperial para que perdone al gran duque Dimitri. —¿Y si tampoco la escucha? La gran duquesa y el embajador—cuenta éste—se miraron en silencio, adivinando ella que por el pensamiento del embajador pasaba el recuerdo del drama del emperador Pablo I, muerto por los suyos. Todos los miembros de la familia imperial escribieron esta carta: "Señor: Todos nosotros, los que firmamos esta carta, le pedimos, ardentemente, de atenuar vuestra severa decisión concerniente a Dimitri Pavlovitch. Sabemos que está enfermo y profundamente deprimido. Vos, señor, que sois su tutor, sabéis el amor profundo que os tiene y que tiene por la Patria. Suplicamos a Vuestra Majestad, vistas la edad y la salud del gran duque, que le autoricéis para vivir en su posesión de Urusow. "Vuestra Majestad sabe en qué penosas condiciones está el ejército de Persia, sin acantonamientos y diezmado por las epidemias. Enviar allí al gran duque, es firmar su sentencia de muerte, y el corazón de Vuestra Majestad comprenderá esta piedad por un adolescente que amais, pues siempre estuvo a vuestro lado. "Que Dios inspire a Vuestra Majestad, guiándose por la clemencia y no por la cólera."